

Editorial

El desmoronamiento de la fachada democrática

Los acontecimientos políticos ocurridos en los meses de abril y mayo han dado lugar a que se hable en el país de grave crisis política y de vacío de poder. Aunque han sido muchos y muy variados estos acontecimientos, todos ellos pueden aglutinarse en dos capítulos: la crisis de la asamblea legislativa y la crisis del Partido Demócrata Cristiano. Por el momento no se sabe a ciencia cierta si hay dos asambleas o no hay ninguna, si hay dos partidos demócrata cristianos o no hay ninguno. Lo que no puede dudarse es la crisis que abate a las dos instituciones por separado. En torno a esta doble crisis se concentran otras crisis, la del choque entre el Consejo Central de Elecciones y la Corte Suprema, la del sistema electoral en su fase de escrutinio, la del presidente de la república en las relaciones con su partido y con los otros poderes del Estado.

Todo ello tanto más de extrañar cuanto que se había llegado a las elecciones del 20 de marzo y en ellas se había querido demostrar que el pueblo salvadoreño vivía en plena democracia y que las instituciones salvadoreñas se habían consolidado ya como paradigma de la democracia. Súbitamente todo ha cambiado: los partidos hicieron todo el fraude que pudieron y ese fraude tuvo que ver nada menos que con la mayoría de la asamblea, el Consejo Central de Elecciones no actuó oportunamente y, por sus propios errores, se metió en un conflicto constitucional; los partidos

se mostraron mucho más interesados en asegurar su propio poder en la asamblea que en hacer valer la voluntad popular o en llegar a acuerdos razonables, que evitaran el bochorno de no poder constituir la asamblea en el plazo prefijado por la constitución; el propio Partido Demócrata Cristiano se enzarzó en disputas internas no sobre puntos esenciales, sino sobre qué fracción y qué candidato debieran dominar el partido y lanzarse a la campaña presidencial.

Todo esto en otro país permitiría hablar de una grave crisis política y de un vacío de poder, que llevarían consigo, inevitablemente cambios importantísimos. Todo ello podría interpretarse, en otra situación, como el fracaso de un proyecto político o, por lo menos, de los conductores de ese proyecto. Pero este no parece ser el caso de El Salvador. Aquí parece no haber pasado nada. Ni la Fuerza Armada en un extremo ni las organizaciones populares en el otro han visto la ocasión propicia para aprovecharse de un hipotético vacío político o para obtener ganancia de una crisis política. Tampoco en el gobierno de Reagan ni entre los asesores norteamericanos se aprecia nerviosismo especial. Nadie parece impacientarse y nadie se apresura a sacar ventaja de la situación. Ni siquiera son muy estridentes las protestas de quienes quieren utilizar la crisis para rebajar a sus adversarios o para alzarse ellos mismos. No hay crispación. Mucho menos fuga de capitales ni señales evidentes de que algo nuevo se esté fraguando. Incluso el mayor grado de violencia o las acciones más profundas del FMLN no se salen de lo previsible y no suponen novedad sustantiva. No se ha llegado ni siquiera al intento de golpe de Estado de Guatemala o a las huelgas generales de Panamá y tampoco se ha dado un estallido como el de Honduras.

Es precisamente este no pasar nada importante, cuando las apariencias son tan graves, lo que llama más la atención. La hipótesis que queremos avanzar es, en consecuencia de lo anterior, que no se da crisis política o vacío de poder, sino desmoronamiento de la fachada democrática. Si en el país hubiera habido democracia, si la democracia fuera la piedra angular de la estructura política de El Salvador, la crisis actual hubiera sido crisis de los cimientos nacionales, la crisis originaría un vacío de poder.

Si no ha sido así, es porque la democracia, entendida aquí como el respeto a las instituciones democráticas más llamativas como la propia asamblea o el Consejo Central de Elecciones, no es pieza fundamental en el ajedrez político de El Salvador, aunque así lo quieran hacer ver los interesados en ocultar dónde están realmente los nervios y los músculos del proyecto político salvadoreño. Y esta constatación es de



una gran transcendencia, porque devela el engaño en que se quiere hundir a propios y extraños. Que hayan sido posibles tantos acontecimientos antidemocráticos en dos meses y que estos acontecimientos no hayan supuesto una crisis política fundamental o un vacío de poder es la paradoja que necesita ser explicada. Y esto es lo que pretendemos explicar a continuación.

La hipótesis es desalentadora tanto para quienes ven en esta crisis el triunfo de su estrategia, caso del FMLN, como para quienes quieren vender fuera y dentro del país, que El Salvador es un modelo de cómo conseguir un régimen democrático en medio de la violencia y en el fragor de una guerra civil. Pero la hipótesis puede resultar iluminadora para quienes buscan soluciones, asentados en la mayor objetividad con las mínimas concesiones posibles al wishfull thinking.

1. La fachada democrática

Deberíamos ser consecuentes con la tesis tantas veces repetida y probada de que en El Salvador hay apariencias reales de democracia, pero no una democracia real y de que todas las apariencias democráticas son mantenidas en tanto en cuanto no pongan en peligro otras estructuras más reales como son el poder de Estados Unidos en el área, la consistencia de la Fuerza Armada, el freno a la expansión

revolucionaria, el sistema económico capitalista, etc. La apariencia democrática será mantenida para asegurar esos otros objetivos primarios del mejor modo posible, pero esos objetivos primarios pueden mantenerse también sin apariencias democráticas e incluso con estructuras antidemocráticas.

En 1980-1982 esos objetivos se mantuvieron no sólo sin democracia aparente, sino en contradicción con los valores formales y reales mínimos de la democracia. No era una situación fácil de defender, sobre todo a la hora de conseguir altas sumas de dinero del congreso norteamericano. Pero con falsas explicaciones y con engaños, con la simple apelación a la amenaza del comunismo internacional y del expansionismo sandinista, se pudo mantener la ayuda necesaria, el apoyo explícito, no obstante las decenas de miles de asesinatos, no obstante también que se trataba de un régimen surgido de un golpe de Estado.

Las cosas comenzaron a cambiar desde 1982. Pero aún entonces el gobierno de Reagan no dudó en colaborar con una asamblea y con un gobierno que no eran demócrata cristianos, sino derechistas y areneros. Es un error pensar que el proyecto norteamericano se ha desarrollado en El Salvador durante el período crítico de 1980 a 1988 sólo con el Partido Demócrata Cristiano. Esto es verdad para la fase de 1984 a 1988, pero no para todo el período, cosa que debiera tenerse en cuenta a la hora de hacer análisis y de hacer proyecciones, como si el proyecto norteamericano dependiera exclusiva y absolutamente de la cobertura que le puedan prestar un gobierno y una asamblea demócrata cristianos.

Lo que en 1982 se apuntó fue la necesidad de una cobertura o fachada democrática. Esto es lo sustancial para la venta del proyecto. Que esa cobertura fuera demócrata cristiana era la primera opción, la cual fue promovida de hecho, porque facilitaba más las apariencias democráticas tanto por tradición histórica como por el color populista y centrista de su mensaje.

Ciertamente, desde 1984 el gobierno de Reagan cuenta con un gran aliado para convencer a su propio congreso y a los países democráticos del mundo, de la legitimidad de toda ayuda militar a El Salvador, porque en este país lo que se da es la lucha de un poder democráticamente elegido para contrarrestar una revolución marxista no democrática. Esto le facilitó las cosas, pero no es lo que las hizo posible. Aun sin esas apariencias democráticas y aun sin esa fachada, el gobierno de Reagan hubiera logrado hacer lo mismo en términos de ayuda militar.

Basta con poner los ojos en Honduras para entenderlo. Las

**No se da crisis política o vacío de poder,
sino desmoronamiento de la fachada democrática.**

debilísimas apariencias democráticas del gobierno derechista de Honduras han sido suficientes para que dicho país sea ayudado por Estados Unidos y aun para que aquél le conceda más cosas que El Salvador, la cesión de su territorio a las tropas norteamericanas y a los contras nicaragüenses. De aquí se deduce que la destrucción de la imagen de la democracia cristiana no supone de modo alguno la destrucción o la derrota del proyecto contrainsurgente. Puede suponer un contratiempo, puede suponer un aviso, pero nada más, al menos mientras siga Reagan en el gobierno

Lo profundo en la situación centroamericana (Nicaragua, El Salvador, Honduras y Panamá) es que el proyecto norteamericano es, en lo fundamental, malo, como lo viene demostrando toda una serie de fracasos, y no que sus fachadas democráticas se hayan desmoronado. Tiene su importancia que se desmoronen las fachadas, pero no es lo mismo que se desmoronen éstas a que suceda lo mismo con las estructuras básicas del edificio.

Cuando hablamos de fachada democrática no queremos quedarnos en una imagen retórica, sino que queremos referirnos a un concepto político: lo que hay de democracia en El Salvador tiene, ante todo, un carácter de fachada y lo que formalmente se ha empezado a desmoronar no es la estructura del edificio, sino su fachada.

La fachada de un edificio no es cosa sin importancia. No sólo da el estilo y la apariencia del mismo, lo cual es muy importante para su aprecio y su posterior venta, no sólo oculta y disimula lo que es el edificio en su interior, sino que incluso da cierta cobertura y protección a sus estructuras fundamentales. En política esto es igualmente cierto. Una buena fachada oculta muchas cosas, puede mostrar como que es, algo que no es y como que no es algo, que es, puede incluso proteger el deterioro que agentes externos podrían ocasionar a estructuras más básicas. Pero, por otra parte, es claro que, aun caída la fachada, cuanto más si sólo se ha resquebrajado, el edificio puede mantenerse perfectamente en pie y restaurarse con relativa facilidad, acomodándose a una nueva fachada, que lo puede hacer aparecer como distinto, siendo en lo fundamental el mismo.

Entendida así la fachada, debe decirse, en primer lugar,

que los avances democráticos en El Salvador tienen carácter de fachada. Fachada de una situación profundamente anti-democrática y fachada de un proyecto militar contra-insurgente norteamericano. No se puede hablar de democracia profundamente real cuando las necesidades básicas de la mayor parte de los ciudadanos están insatisfechas, cuando hay una permanente y sistemática violación de los derechos humanos, cuando el poder judicial carece de consistencia, independencia y eficacia, cuando el poder militar no está absolutamente sometido al poder civil, cuando no hay opción segura para todas las tendencias políticas, cuando los partidos no tienen internamente estructuras democráticas, cuando el poder fundamental de decisión está fuera del propio Estado. Cuando todo esto falta de una manera notable, podrá hablarse de fachada democrática, pero no de edificio democrático, no de estructuras democráticas.

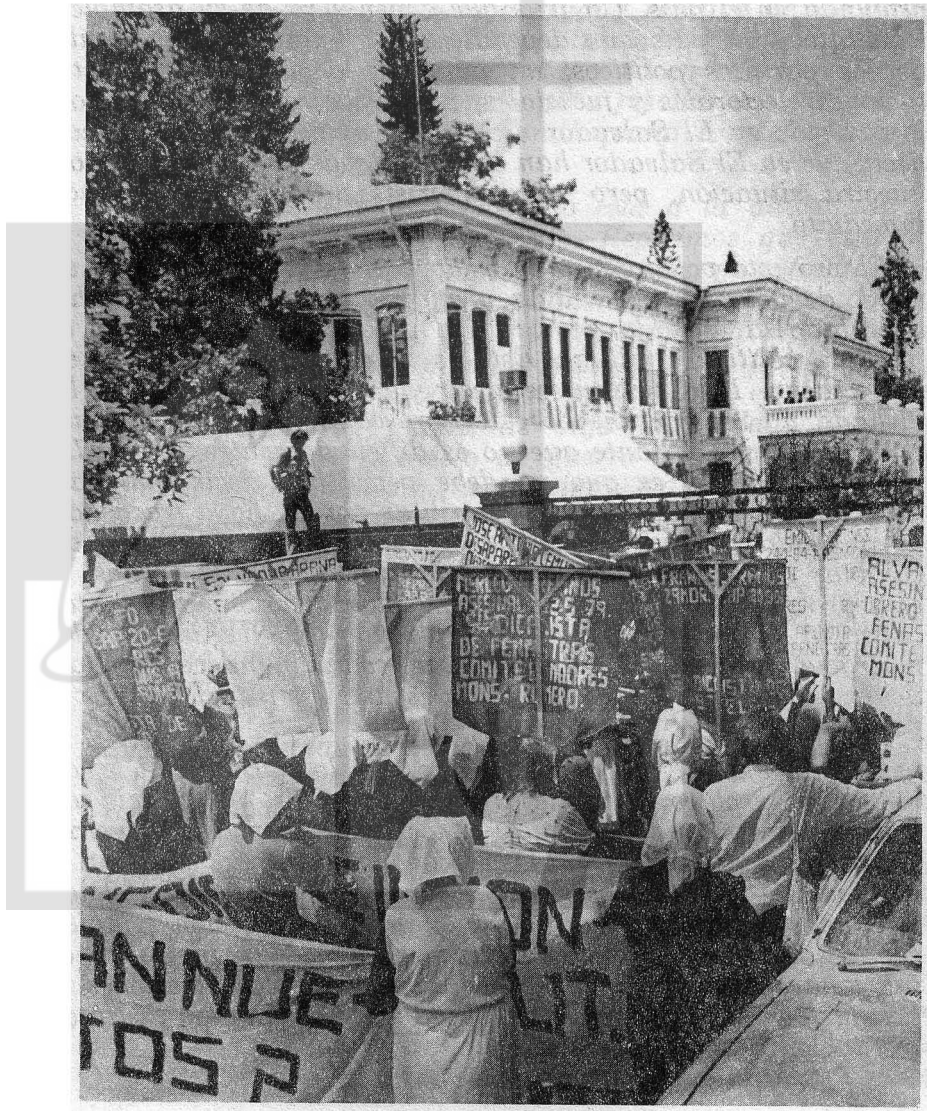
En este sentido, elecciones, partidos, asamblea, incluso libertad de expresión y de movilización, libertad de organización, aun siendo importantes, no son suficientes para poder hablar realmente de democracia. Máxime cuando todas ellas están subordinadas no al respeto de la voluntad popular, sino a otro tipo de intereses, máxime cuando no son valores absolutos, sino valores relativos, condicionados a que no pongan en peligro lo que de verdad se pretende: el mantenimiento del poder y el mantenimiento de un determinado proyecto político.

Debe decirse, en segundo lugar, que habrá o no cambio de fachada, según sea necesario, conveniente o tolerable para llevar adelante lo que se pretende. En El Salvador lo que Estados Unidos pretende fundamentalmente no es establecer la democracia, sino derrotar militarmente al FMLN y su proyecto revolucionario. Basta con tildar a éste de marxista, prosoviético, procubano y prosandinista y de aseverar que pone en peligro la seguridad de Estados Unidos para obtener todos los recursos necesarios con que combatirlo a través del ejército y del gobierno salvadoreños.

Hay un edificio político, cuyo objetivo principal es aplastar militarmente al FMLN o reducirlo a ser una fuerza política democrática de fácil control, y ese edificio tiene una fachada democrática, cuyo elemento principal son las elecciones. Ciertamente, las elecciones reparten poder e implican una pugna de intereses internos, pero en ese sentido no son fachada democrática, sino instrumento de poder, el cual será manejado limpia o fraudulentamente según convenga y se pueda. Pero dentro del proyecto general, las elecciones y sus resultados son fachada democrática intercambiable, pues no ponen en serias dificultades a las estructuras fundamentales

del edificio.

Debe decirse, en consecuencia, que la serie de acontecimientos ocurridos a partir de las elecciones de marzo último, suponen un desmoronamiento de la fachada democrática, pero no un peligro serio para el proyecto político y, menos aún, para el proyecto militar contrainsurgente. El elemento esencial del proyecto político no es la presencia de la democracia cristiana en el poder, sino la existencia de una estructura formal democrática, suficientemente segura y vendible como para mostrarla en el exterior sin mayores vergüenzas. Y el elemento esencial del proyecto



Lo que hay de democracia en El Salvador tiene, ante todo, un carácter de fachada.

militar es que la Fuerza Armada se convierta en el aliado más seguro y colaborador para llevar adelante la guerra contrainsurgente de baja intensidad.

Ahora, bien, ninguno de estos dos elementos esenciales han sido puestos en peligro serio por los últimos acontecimientos. Consiguientemente no se puede hablar de crisis política seria y, mucho menos, de un vacío de poder. Pero, por lo mismo, hay que concluir la falta de democracia real y profunda en el país. Un país que dependiera de su asamblea legislativa, un país que dependiera del buen funcionamiento de los partidos políticos, un país que dependiera de instituciones electorales y judiciales, habría entrado en crisis con lo ocurrido en El Salvador. Como éste no es el caso, podemos decir que en El Salvador han ocurrido cosas muy relevantes de nuestra situación, pero no una crisis profunda de alcance inmediato.

El proyecto político y militar no está fracasando porque se haya debilitado la fachada democrática, sino que se ha debilitado la fachada democrática porque está fracasando el proyecto político y militar. Esta es la gran conclusión que se debe sacar. Esto no quiere decir que los problemas de la fachada no repercutan sobre los proyectos político y militar, repercusión no obstante que no es difícil de contrarrestar. Lo que quiere decir es que no debe permitirse decir que han fracasado el proyecto político y militar porque haya fracasado la fachada democrática, porque entonces se tratará de cambiar la fachada sin cambiar lo sustancial de aquéllos. Y esto prolongaría el calvario del pueblo salvadoreño y obstaculizaría la consecución progresiva de una verdadera democracia para el país al prolongar, con una nueva fachada democrática, algo que en el fondo es una estructura militar y política.

No es que el desmoronamiento de la fachada deje de ocasionar problemas. Todo iría mejor si la presidencia de Duarte hubiera sido un éxito, si los partidos políticos fueran auténticos partidos respetuosos con la voluntad popular y deseosos de resolver los grandes problemas nacionales, si las elecciones hubieran mostrado una gran satisfacción popular con la marcha de los acontecimientos, si las instituciones funcionaran mejor y no hubiera permanentes fricciones y desajustes de los poderes del Estado entre sí y de las distintas instituciones constitucionales.

Pero, por otra parte, el que esto vaya tan mal permite eludir el tratamiento de los grandes problemas y posibilita dar explicaciones falsas a los grandes males del país. Preocupada la clase política por la mayoría en la asamblea, por los candidatos presidenciales, por el enfrentamiento entre las instituciones, por la división de los partidos y el impasse de la asamblea legislativa, parecería que todo ello forma el centro de la cuestión, cuando el centro de la cuestión está en la profundización de la guerra, en las necesidades populares no satisfechas, en la falta de un futuro real para el país. Incluso la prolongación de la guerra, el no triunfo por parte de la Fuerza Armada, se atribuirá no al equilibrio entre los oponentes, no a la debilidad relativa de los militares, sino a los fallos de los políticos. Más aún, la disminución de la soberanía nacional que va en relación directa con la falta de autosuficiencia para resolver los problemas nacionales, pasará a un segundo plano o se mantendrá totalmente en el olvido.

Es la clase política la que no está a la altura. Si lo estuviera, todo quedaría resuelto. Repetimos que esto no sólo no es así, sino que es una trampa para no enfrentar los problemas reales ni a los verdaderos responsables de los mismos. La cuestión no es la de ir cambiando cíclicamente los ejecutores aparentes del proyecto político fundamental, sino revisar a fondo este proyecto político, que es el proyecto norteamericano de guerra de baja intensidad, no para convertirlo en un proyecto de guerra de alta intensidad, sino en algo completamente distinto, en la búsqueda política y negociada de una solución nacional.

Este cambio de proyecto debe surgir, ante todo, de la consideración del fracaso del actualmente imperante para toda Centroamérica y, en especial, para El Salvador. Este proyecto imperante no ha logrado resolver a su favor el problema de los sandinistas en Nicaragua, el problema del FMLN en El Salvador, el problema de Noriega en Panamá y los pre-problemas de Honduras. Y lo que es peor, no ha logrado ni permitido lograr la solución de las causas estructurales de los conflictos. Más aún, no se ve cómo pueda llegar a lograrlo, cuando las cosas van empeorando. Es posible que el cambio de gobierno norteamericano, sobre todo si es en la línea de los demócratas, facilite la reconsideración de todo el proyecto.

**Un país supuestamente democrático
como Estados Unidos
no nos debiera estar imponiendo nada
y menos un proyecto no democrático.**

Pero no son sólo los norteamericanos los que tienen que reflexionar y abandonar un proyecto que se basa fundamentalmente en soluciones militares y en lograr gobiernos y ejércitos que les sean en todo sumisos. También lo tienen que hacer las fuerzas sociales y, en el caso que nos ocupa, las fuerzas políticas de cada uno de los países centroamericanos.

Asimismo el planteamiento afecta al FMLN. No debieran engañarse los revolucionarios pensando que lo ocurrido con el desmoronamiento de la fachada implica una crisis profunda o una agudización de las contradicciones, expresión que por su multiuso cada vez parece significar menos, o que el fracaso de las fachadas se deba a sus ataques, especialmente los dirigidos a la democracia cristiana y al presidente Duarte. En el debilitamiento de éstos tiene mucho mayor parte la extrema derecha, las gremiales empresariales y los medios de comunicación. Si el gobierno duartista no ha sido capaz de consolidar unas fuertes bases populares, esto no se debe al trabajo político del FMLN, sino a la imposibilidad de que las reformas hayan podido ser llevadas a feliz término tanto por la crisis estructural como por las múltiples debilidades en la conducción del proceso.

Ciertamente, la guerra es una causa importante del fracaso del proyecto imperante y su fracaso ha arrastrado al fracaso de los gobernantes. Pero, entonces, el problema no está en la crisis política parcial del desmoronamiento de la fachada democrática, sino en la crisis política total del proyecto. En ese sentido hay que procurar que la democracia cristiana y otras fuerzas comprendan que deben dejar de



apoyar ese proyecto fracasado y que deben colaborar a su cambio radical, problema ya planteado en Estados Unidos y que, con mayor razón, debiera ser planteado aquí.

2. La democratización de las estructuras

El problema fundamental no está ni puede estar en la fachada. Combatir la fachada pensando que su destrucción arrastrará el derrumbamiento de todo el edificio supone un error estratégico, sobre todo si facilita el paso a una fachada todavía menos conveniente para las mayorías populares. Empeñarse en la restauración de la fachada o en el cambio de la misma es un error de perspectiva, consciente o inconsciente, como si la solución del problema estuviera en el cambio de fachada. Sin desmerecer la importancia de las fachadas políticas, de las superestructuras políticas, hay que centrarse más en las estructuras mismas. Lo que importa no es democratizar las fachadas, sino democratizar las estructuras.

La democratización de las estructuras pasa, en primer lugar, por el abandono del proyecto norteamericano de guerra de baja intensidad. Y esto por varias razones. Se trata fundamentalmente de un proyecto extranjero, no nacional, que limita la soberanía y la autodeterminación; se trata de un proyecto fundamentalmente militarista y no político; se trata de un proyecto que trae más males que bienes a la mayor parte de la población. Independientemente de que haya fracasado o no, se trata, por consiguiente de un proyecto fundamentalmente antidemocrático. Querérle prestar una fachada democrática diciendo que es un proyecto antitotalitario y antimarxista, que es un proyecto revestido de elecciones democráticas y que es un proyecto con futuro democrático, no hace sino encubrir su verdadera esencia no democrática. Un país supuestamente democrático como Estados Unidos no nos debiera estar imponiendo nada y menos un proyecto no democrático y de futuro democrático totalmente incierto; un país supuestamente razonable como Estados Unidos no nos debiera seguir imponiendo un proyecto fracasado que tanta destrucción y sangre está costando al pueblo salvadoreño. No significa esto necesariamente que su proyecto contradictor, el proyecto del FMLN, sea plenamente democrático: puede que sea un proyecto nacional y popular, pero por su militarismo, por su ideología, por sus tendencias hegemónicas, por su irrealismo pasado, necesita también someterse a serias correcciones.

Por eso la democratización de las estructuras pasa, en segundo lugar, por la búsqueda negociada de un amplio

consenso popular y de un amplio consenso de las fuerzas sociales y de las fuerzas políticas. De nuevo el FMLN-FDR ha echo una propuesta de diálogo amplio al gobierno, a los partidos y a la Fuerza Armada. También el presidente de la república ha hecho un gesto nuevo para llegar a una propuesta conjunta de los tres partidos políticos con representación en la asamblea. La Iglesia, por medio del arzobispo de San Salvador, Monseñor Rivera y Damas, ha anunciado y está preparando un debate nacional en busca de un cierto consenso de las más diferentes organizaciones sociales. El empantanamiento militar con la agudización y profundización de los quebrantos del sistema energético, la crisis socio-económica mucho más profunda que la crisis política, el impulso regional en favor de soluciones negociadas, el debilitamiento de la posición norteamericana y el desprestigio generalizado de las actuales instituciones políticas constituyen un conjunto de elementos, que pueden dar una nueva oportunidad a la negociación, si no para resolver definitivamente el conflicto sí para atenuar los males de la guerra y para preparar pasos ulteriores de pacificación y democratización.

La democratización de las estructuras pasa, en tercer lugar, por una reorganización y unión de las fuerzas sociales. El debate nacional mostraría hasta qué punto esto es posible incluso entre fuerzas que defienden intereses contrarios como son las fuerzas del trabajo y las fuerzas del capital. Pero si es posible llegar a ciertos acuerdos y convenios en la participación de las utilidades, también sería posible algún acuerdo o pacto respecto de cuestiones más generales, donde las coincidencias de intereses podrían ser mayores. Pero si este consenso no se lograra entre las fuerzas más distantes las unas de las otras, podría lograrse entre fuerzas afines. Para ello se requiere que predominen los intereses sociales sobre los políticos y que cada una de ellas actúe autónomamente y no teledirigida desde fuera, cuanto menos hegemonizada por extraños a ellas. Las fuerzas sindicales, las fuerzas gremiales, las fuerzas religiosas, las fuerzas educativas, las fuerzas informales, etc., deben tomar la iniciativa que les corresponde y no delegar su responsabilidad en otras fuerzas, poderes u organizaciones, cuyos fines y objetivos no coinciden plenamente con los propios y específicos de cada fuerza social.

La democratización de las estructuras pasa, en cuarto lugar, por la democratización de las instituciones políticas y, más en concreto, de los partidos políticos. La crisis del Partido Demócrata Cristiano ya desatada, la crisis latente del PCN que la derecha se empeña en desatar, la crisis oculta y bien manejada de ARENA, las posible disfuncionalidades del FDR

Lo importante no es democratizar las fachadas, sino democratizar las estructuras.

con el FMLN y aun de los tres partidos de la Convergencia Democrática... todo ello muestra cuánto hay que avanzar en la democratización de las fuerza políticas. La crisis del PDC en especial refleja muy a las claras la debilidad del proceso democratizador en el país: sus estatutos son poco democráticos y dejan en muy último lugar la voz y el voto de las bases, sus principios ideológicos se repiten formalmente pero no se llevan a la práctica, predominan los intereses personales incluso sobre los intereses del partido, se hace de la conquista del poder, a veces en función del enriquecimiento propio, el criterio rector de la actuación política, el nepotismo y el clientelismo juegan un papel de primera importancia a la hora de la ocupación de puestos de gran responsabilidad, fuerzas extrañas al partido lo hipotecan en un juego permanente de favores y presiones. Es hora, en consecuencia, de que los partidos, para cumplir la misión exagerada que les atribuye la constitución, traten de dejar de ser fachada democrática para convertirse realmente en parte importante de las estructuras democráticas. Más democráticos ellos mismos y más democrática su función en la vida pública.

La democratización de las estructuras pasa, en quinto lugar, por la consolidación democrática de las instituciones constitucionales. El derrumbamiento de la fachada democrática ha mostrado la poca credibilidad y fiabilidad de instituciones tan fundamentales para el proceso de democratización como son el Consejo Central de Elecciones, la asamblea legislativa y la Corte Suprema de Justicia. Cualquier observador no afiliado a un partido político ha podido probar hasta la saciedad la politización parcializada de esas tres instituciones. En las tres predominan, especialmente en las dos primeras, los intereses partidaristas ya no sólo sobre los intereses nacionales, sino sobre las responsabilidades mismas de cada una de ellas.

El CCE se debate no para conocer cuál fue lo que llaman la voluntad popular, una vez purificados los fraudes cometidos en las urnas, sino para lograr una determinada mayoría o para evitarla. La asamblea legislativa se ha dejado de instalar o se ha instalado de una manera absolutamente precaria no para cumplir con los objetivos que le son propios, sino para poderla dominar según intereses partidistas. Incluso la corte suprema, causante última del impasse institucional, viene haciendo sentir el color político de los miembros que mayoritariamente la componen.

En estas tres instituciones predominan más las órdenes de los partidos, que la independencia y objetividad que debieran tener para ganar credibilidad y fiabilidad por parte de la población. Esto es hasta cierto punto comprensible en la asamblea, no porque así debiera ser, sino por una práctica viciada, pero es mucho menos comprensible en las otras dos instituciones. Ciertamente, todo esto se recubre con un lenguaje ideologizado (voluntad popular, respeto a la legalidad, intereses patrióticos, honorabilidad de los partidos y de las personas, etc.), pero esos lenguajes mal hilvanados dejan al descubierto una realidad muy distinta. No todo puede hacerse de la noche a la mañana, pero los últimos acontecimientos han demostrado cuán lejos se está de una sólida democratización de unas estructuras mínimas para poder hablar de una democracia real. El avanzar por este camino no asegura la democracia, pero prestaría algunas condiciones para su instauración.

La democratización de las estructuras pasa, en sexto lugar, por el comportamiento democrático de la Fuerza Armada. Entre las últimas instituciones del país ha sido la Fuerza Armada la que se ha comportado con un mayor grado de madurez. La explicación del hecho no es sencilla, pero el hecho es innegable. Solicitada por ARENA para intervenir ante el CCE en favor de sus candidatos y para que la corte suprema le favoreciera, insultada y provocada por un ex-coronel hoy al servicio de ARENA, reclamada por ciertos sectores del país para que entrara a resolver el vacío político causado por la no instalación de la asamblea, no hizo nada de ello; antes al contrario, hizo declaraciones en favor de la institucionalidad con la decisión de no entrometerse en los asuntos políticos, competencia de otras instancias. Ni siquiera dio muestras de división interna. En años pasados circunstancias mucho menos favorables que éstas hubieran sido suficientes para dar un golpe de Estado. En vez de ello la Fuerza Armada siguió con sus planes respecto de la guerra, pidió calma y cordura a la población y a los sectores políticos y se presentó como garante del orden constitucional.

Claramente mostró que no está dispuesta a ponerse a favor de la derecha triunfante en las elecciones, aunque tampoco ocultó su desconcierto y desaprobación ante las debilidades del partido gobernante. Su intervención directa en el proceso electoral, en el escrutinio y en la disputa siguiente puede estimarse como inapreciable, tomada la Fuerza Armada en su conjunto y en su comportamiento estratégico. Esto supone, ante todo, que no vio en peligro ni a la institución armada, ni al proyecto en cual está embarcada, tampoco vio un cambio de condiciones favorables al FMLN. Pero puede suponerse

también que ha avanzado en madurez política y que no va a dejarse desequilibrar por ciertas presiones de tipo ideológico, económico o de prestigio, tal como era habitual no hace muchos años. Ciertamente queda mucho por avanzar en la democratización de la Fuerza Armada, pero en su línea política, en su modo de comportarse respecto de los agentes políticos internos y aun de los agentes económicos, puede apreciarse un cambio favorable, que podría aprovecharse para llevarlo más adelante sobre todo en la línea de la conducción de la guerra, en la línea de los derechos humanos y en la línea de un verdadero nacionalismo, no subordinado a Estados Unidos.

3. El FMLN y la revolución democrática

También al FMLN le compete una democratización de su lucha revolucionaria por muy exótica o puramente formalista que pueda aparecer esta proposición. El FMLN ha visto respaldada su posición por los últimos acontecimientos en el sentido de que en El Salvador no hay una democracia real y, ni siquiera, una democracia formal. Los puntos centrales que se refieren a la soberanía nacional, a la autodeterminación del pueblo salvadoreño, a un orden económico social justo, al respeto consolidado de los derechos humanos, a un poder judicial independiente y efectivo, son permanentemente negados en El Salvador. Incluso los procesos electorales se ven desautorizados por la abstención masiva, por los fraudes intentados, por la relación existente entre el dinero invertido y los votos alcanzados, por la compraventa de diputados, por la subordinación del interés general al interés partidista, por la evidente limitación del poder civil. Pero la crítica de los adversarios no le excusa de hacer su propia autocrítica. ¿Se apegan sus procedimientos a las necesidades reales, inmediatas y futuras de la mayoría del pueblo salvadoreño? Esto es, ¿su revolución, como proceso de lucha y de cambio, es fundamentalmente democrática? ¿Proponen tras la victoria o el acuerdo negociado una auténtica democracia?

Hasta ahora el FMLN-FDR ha ofrecido algunos rasgos esenciales de su proyecto político, los cuales pueden estimarse como plenamente democráticos: debe ser acordado entre los salvadoreños, no debe estar sometido a ingerencias extranjeras, debe resolver los problemas económicos fundamentales de las mayorías, debe asegurar el

También al FMLN le compete una democratización de su lucha revolucionaria por muy exótica o formalista que pueda parecer esta proposición.

respeto total a los derechos humanos, debe ser pluralista en lo político y en lo económico, debe mantener una política internacional de no alineamiento, debe resolver los conflictos internos y externos no por las armas, sino por la negociación. Ha ofrecido también el abandonar toda forma de violencia siempre que la negociación asegure los propósitos fundamentales que animaron a la revolución o, por lo menos, desescalar la violencia de modo que las personas y las estructuras sufran lo menos posible.

Todo ello supera lo que hemos venido llamando el problema de la fachada democrática y entra de lleno en el espacio de las estructuras democráticas. Pero ante la opinión pública y, desde luego, ante la opinión de sus adversarios quedan graves dudas. ¿Querría el FMLN contentarse con medidas exclusivamente sociales y políticas para ir imponiendo su proceso revolucionario, aun en el caso de que esas medidas estuvieran del todo garantizadas? ¿Resulta creíble su propuesta cuando todos estos años de lucha han demostrado no sólo su capacidad militar y su ética revolucionario-popular, sino también la preferencia por medidas violentas, algunas de las cuales bordean el terrorismo cuando no caen de lleno en él? ¿Ha elaborado el FMLN, a semejanza de lo que vienen haciendo los sandinistas, su marxismo fundamental de tal manera que dejen fuera de él dogmatismos y esquematismos no acomodados a la historia de nuestros pueblos, a su estructura psico-social y a la actual coyuntura mundial?

Sería ingenuo pensar que sólo los otros han de democratizarse. El FMLN también ha de democratizarse, si es que por democracia se entiende una configuración de la sociedad y del Estado que responda a las necesidades y a la voluntad de las mayorías, al derecho a la participación equitativa en la propiedad y en la renta nacional así como en la determinación de las grandes decisiones sociales y políticas. El FMLN que se mantiene en permanente vigilancia y en una indudable creatividad a la hora de encontrar fórmulas con las cuales neutralizar las acciones de sus enemigos y con las cuales proseguir en su fortalecimiento militar, no ha demostrado todavía su capacidad para crear una solución política, que sea aceptada de hecho por una gran parte de la población salvadoreña, ni siquiera por una gran parte de las masas.

Se ha hecho un gran trabajo para la conquista del poder, pero ni de lejos se ha hecho el mismo trabajo para crear una solución efectiva y aceptada, que resuelva mínimamente los enormes y complejos problemas, que afectan a El Salvador en este momento histórico. ¿Podría Nicaragua, incluso sin guerra, lograr un rápido desarrollo económico y una configuración política suficientes para hablar de una nueva

democracia? ¿Ha asimilado a fondo el FMLN la experiencia nicaragüense para medir lo que es posible y lo que es imposible en la determinada y determinante situación geopolítica del istmo y en la actual coyuntura internacional, donde los acuerdos Reagan-Gorbachev apuntan a una nueva estrategia de las superpotencias? ¿Ha aceptado razonablemente las concesiones que han de hacerse para concluir pronto el conflicto y para responder "ajustadamente," cuando no se puede llegar a "justamente," a la actual correlación de fuerzas?

Hacer una revolución democrática es un desafío difícil. Llegar a la meta de una democracia revolucionaria también lo es. Y parece razonable asegurar que no hay garantía de una democracia revolucionaria cuando el camino hacia ella, la revolución democrática, no lo ha sido. Los fines se convierten muchas veces en meros finales, más determinados por los medios empleados que por los objetivos soñados.

Puede aceptarse que el FMLN ha ido evolucionando más en su concepción de la revolución democrática y de la democracia revolucionaria que sus oponentes, incansables repetidores del mismo discurso ideologizado, en el cual la democracia tiene mucho más de fachada que de estructura. Pero ello no es disculpa, antes al contrario debería ser aliciente para la creatividad revolucionaria, que impulsada por un realismo dinámico, debería tener muy en cuenta la necesidad de un cambio pronto, que revierta el actual proceso de destrucción en un proceso de construcción.

En todo esto juega un papel decisivo el tiempo. Algunas situaciones son tolerables psicológica y éticamente si duran y perduran razonablemente, pero no lo son cuando no hay signo alguno firme de que no van a prolongarse indefinidamente. La nueva y reiterada propuesta de diálogo, al cual ahora se convoca no sólo al ejecutivo, sino a los partidos políticos del legislativo y a la Fuerza Armada y para el cual se ofrece una agenda abierta, podría ser una nueva oportunidad, que demostrase un avance en la flexibilidad del FMLN, flexibilidad tanto más posible cuanto sus últimas acciones militares demostrarían que no surge de la debilidad, sino de su capacidad para poner en serio peligro la viabilidad económica y política del país. La presencia del FDR en el interior del país de forma pública y abierta y su posible participación en futuras elecciones son ya una prueba de esa flexibilidad, la cual debería ser reconocida por sus adversarios.

23 de mayo de 1988.